

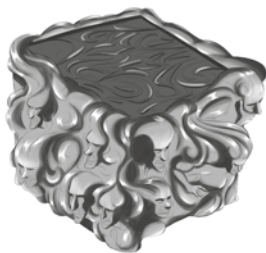
ARIADNA



Y EL CÍRCULO DE LA AUDACIA



EL REINO
DE LOS MUERTOS
SILVESTRE VILAPLANA



1

OBLIGADOS A IR AL INFIERNO

Esta historia empieza donde acaba la anterior. Con todos los miembros del Círculo de la Audacia abrazados en una playa desconocida, con un mar embravecido de fondo y una sensación de incertidumbre en nuestro corazón que ya empezaba a ser habitual.

Me confortaba sentir a Nikos, Hamida, Robert y Hermes a mi lado. Solo quedábamos los cinco y, aunque la ausencia física de Giorgios nos hiciera daño, sabíamos que en cierto modo también estaba con nosotros, que su recuerdo nos inspiraba y nos motivaba. Estábamos convencidos de que lo sacaríamos del averno donde las arpías lo habían llevado y que seríamos capaces de devolverlo a la vida terrestre.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Hamida.

El viento sobre el mar fue la única respuesta. Nos habíamos acostumbrado a tener la mente brillante de Giorgios dirigiéndonos y nos encontrábamos sin el líder que nos aportaba serenidad y nos marcaba el camino a seguir.

—Es evidente que necesitamos ayuda —dije—. Debemos tener clara la manera de entrar en el Hades y, una vez



dentro, saber cómo encontrar a Giorgios y dónde puede estar la reliquia.

—¿Qué reliquia es?

Nikos suspiró.

—La segunda reliquia es el arca de Hipnos. Pero ya os hablaré de ella cuando tengamos claro cómo entrar en el inframundo. No quiero avanzaros nada. Nos tenemos que centrar en la manera de acceder al reino de los muertos.

—Y, sobre todo, debemos saber cómo salir —intervino Robert—. Lo más importante es que no tengamos que quedarnos en aquel lugar toda la vida.

Me hacía gracia lo miedoso que era Robert, siempre estaba pensando en huir de cualquier peligro. Pero tenía que reconocer que en esta ocasión tenía razón: también necesitábamos un plan de fuga.

—Yo no lo sé todo sobre ese territorio misterioso, pero os puedo explicar lo que seguro que nos encontraremos en el inframundo —avanzó Nikos.

Nos sentamos sobre la arena de la playa para escucharlo. Nikos era de todos nosotros quien más sabía de mitología. Era hijo de un dios y de una humana, y le resultaban familiares unos temas y unos acontecimientos que a todos nosotros nos parecían una locura.

—Hay que cruzar el río Aqueronte, que es el que separa el mundo de los vivos de la orilla donde empieza el Hades. Allí está el barquero, Caronte, a quien tendremos que pagar para que nos traslade al otro lado. Quien no

paga no puede entrar y se queda recorriendo la costa eternamente.

Tecleé rápidamente en mi móvil para saber quién era aquel Caronte a quien nos teníamos que enfrentar en primer lugar.

Caronte (en griego antiguo, Χάρων) es un genio del mundo infernal, un personaje de la mitología griega encargado de llevar las almas al Hades con su barca cruzando el río Aqueronte hasta la otra orilla del río de los muertos. Caronte exigía un pago por viaje y, por ese motivo, a los muertos se los enterraba con una moneda (el óbolo).

—Tenemos dinero para pagar ese viaje, ¿no? —preguntó Robert cuando acabé de leer la información.

—No se paga con euros —aclaró Nikos—. Nos harán falta monedas de plata.

—No es tan complicado conseguirlas —dijo Hamida—. Seguro que las podremos encontrar.

—Los problemas crecerán cuando crucemos a la otra orilla del río —continuó Nikos—. Allí vigila Cerbero, un perro con tres cabezas que solo permite que entren los muertos.

—¿Un perro con tres cabezas? —Robert tragó saliva.

—Si conseguimos engañarlo y accedemos al reino de los muertos, tendremos que recorrer los diversos espacios en los que está dividido el infierno: las zonas donde van a



parar las almas y los cuerpos de los que están en el inframundo. Hay que superar los ríos que lo atraviesan. Está el río del olvido, el del fuego, el del odio...

—¡Qué nombres más alegres! —interrumpió Robert.

—Y no son los únicos lugares que forman la estructura del infierno. Tal vez tengamos que llegar hasta el Tártaro para liberar a Giorgios.

—¿Y eso qué es? ¿Una salsa? —preguntó Robert.

—El Tártaro es la región más profunda. Es el infierno dentro del infierno, un lugar terrible de donde nadie regresa. Allí solo se sufre.

—Si nadie vuelve, quizá no hace falta que vayamos. Yo quiero volver —afirmó Robert.

Nadie dijo nada. Ni siquiera un comentario humorístico sobre el miedo de Robert. Creo que en aquel momento no nos sentíamos capaces de afrontar la aventura.

—Y recordad que no tenemos a Hermes —remarqué. El dios había estado en silencio desde que habíamos llegado a la playa—. Él no puede acceder al Hades.

—Estoy convencido de que la mejor manera de escapar del infierno es no entrar —insistió Robert—. ¿No estáis de acuerdo conmigo?

—No podemos hacer eso. Giorgios está en aquel lugar maléfico sufriendo vete tú a saber qué martirios.

—En realidad no estamos seguros de que esté allí. Ni tampoco sabemos cómo sacarlo.

—Es nuestro amigo, Robert —le dije—. Yo también tengo miedo, pero recuerda que se interpuso y nos protegió

cuando Mr. Jones quiso dispararte. Se sacrificó para impedir que nos mataran. A ti, especialmente.

—Lo sé —asumió Robert avergonzado—. No me hagas caso. Es solo que estoy muy asustado y el miedo me hace decir estupideces.

—Todos estamos aterrados —dijo Hamida, comprensiva.

Miré a Nikos, que se había inclinado y hacía dibujos con el dedo sobre la arena.

—Tendremos que buscar ayuda —afirmó con voz baja y rostro pensativo—. Creo que sé quién nos puede echar una mano, pero no os gustará.



2

MR. JONES NO SE RINDE

Después os explicaré quién pensaba Nikos que podía ayudarnos y por qué estaba tan seguro de que no nos gustaría. Pero antes quiero hablaros de Mr. Jones.

Solo el hecho de pensar en él me alteraba los nervios. Era el culpable de la pérdida de nuestro amigo y la causa principal de que yo no estuviera de regreso en casa con mi abuelo, explicándole las maravillosas aventuras que había vivido y el éxito final de nuestra misión. Lo odiaba como nunca antes había odiado a nadie.

Era evidente que nos habíamos buscado un mal enemigo con Mr. Jones. Él había tenido la espada de Tánatos y nosotros habíamos conseguido quitársela. Por lo tanto, tampoco nos tenía mucho aprecio. Y lo peor de todo es que él tenía poder y dinero y parecía que pretendía conseguir las reliquias que servían para destruir la humanidad. Nosotros tan solo teníamos la voluntad de impedir que unas armas tan poderosas cayeran en manos de alguien sin alma como el millonario.

Nuestra fuga de la casa de Nikos en Grecia, ayudados por Hermes, había dejado al empresario con un

sentimiento de frustración y también de temor. Había visto cómo, después de los disparos contra Giorgios, habían surgido las arpías y se habían llevado el cuerpo de nuestro amigo. Aquella aparición maléfica le confirmó que estaba metido en asuntos que, por primera vez en su vida, lo superaban.

Él había recibido, previamente, la visita de aquel ser sin rostro que comandaba la maldad y que había sido capaz de paralizarlo. Cualquiera habría abandonado, pero Mr. Jones era un hombre acostumbrado a buscar el beneficio en cada circunstancia y pensó que, aliándose con un personaje tan poderoso como aquel, tenía el triunfo asegurado.

Y el éxito, en esta ocasión, tenía un premio inigualable. Si todo iba bien, conseguiría la inmortalidad. El hombre sin rostro se lo había prometido.

Mr. Jones no sabía si había servido bien a aquel misterioso personaje. En la segunda ocasión en la que se le había aparecido, también de noche y también procedente de la nada, le había informado de dónde podía encontrar a los ladrones de la espada de Tánatos. La figura oscura fue contundente: el empresario tenía la misión de descubrir el lugar en el que habíamos escondido la reliquia y, si no, capturarnos o matarnos. Tan solo había podido ejecutar a uno de nosotros. En realidad, no sabía con seguridad si aquel anciano estaba muerto, porque enseguida que le había disparado se lo habían llevado unos seres horribles. Un instante después, los demás nos habíamos volatilizado delante de él también por arte de magia. Por lo tanto,



ahora tenía dudas de cómo recibiría las malas noticias el ser sin rostro. Todavía recordaba la sensación que le había provocado en la primera ocasión en la que hablaron: la angustia de sentirse atrapado en el propio cuerpo y la incapacidad de moverse.

Los hombres que Mr. Jones había llevado con él a Grecia para la misión estaban traumatizados. La aparición de las arpías, aquellos seres mitológicos con cabeza de mujer y cuerpo de pájaro, les parecía extraída de una pesadilla. De regreso, en los helicópteros, nadie decía nada. El empresario no sabía si tendría que deshacerse de aquel pelotón, porque no estaba seguro de si serían capaces de guardar silencio sobre lo que habían visto.

Era inevitable la futura visita de la criatura sin cara, pero mientras tanto quería conseguir información. Sabía por experiencia que el conocimiento confiere poder y, en un caso como este, le parecía esencial. El asunto de las piezas mitológicas, además, se había convertido en personal desde el momento en el que nosotros habíamos superado las medidas de seguridad y habíamos entrado en su casa. Lo habíamos humillado. La investigación sobre las reliquias ya no era solo la quimera de su antepasado, ahora era su problema.

Acudió al antiguo caserón familiar y empezó a rebuscar en las viejas cajas que contenían la documentación de su antecesor. En el sótano del edificio, había decenas de cajas inmensas llenas de papeles. En cualquier otra circunstancia habría pedido a un pequeño ejército de secretarios que

hicieran un inventario de lo que contenían, pero aquel asunto era demasiado personal y secreto. Tendría que ser él mismo quien encontrara la posible información que aquel montón de documentos escondía.

Lo percibió antes de verlo. Era como si el corazón se le encogiera, como si, de repente, se encontrara mal. Sentía un ahogo y ganas de vomitar. Mr. Jones estaba en su habitación y por un momento pensó que estaba a punto de sufrir un ataque al corazón. Se incorporó con la intención de llamar a algún sirviente. Pero no. No se moría. La oscura figura de la criatura sin rostro se encontraba en uno de los extremos de la habitación observándolo desde la oscuridad.

—No he podido... —empezó Mr. Jones.

—Lo sé —dijo aquella sombra. La cara distorsionada emitía un fulgor grisáceo, como si las palabras nacieran ocultas bajo un velo de niebla.

Mr. Jones trató de moverse. Notó que las manos y los pies le respondían y se sintió aliviado.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —preguntó.

—Están de nuevo en marcha. Quieren buscar una nueva reliquia y lo harán en un lugar al cual parece imposible acceder. Dejaremos que nos faciliten las cosas. Hasta ahora han demostrado ser muy capaces, pero esta empresa seguramente los superará. Les vigilaremos y esperaremos antes de actuar.

—Y yo, ¿qué tengo que hacer?

El rostro desdibujado tomó un tono menos definido.

—No hagas nada. Tendrás noticias mías.



La oscura figura desapareció llevándose con él la aflicción que provocaba.

Le había dicho que no hiciera nada, pero Mr. Jones no se sentía el criado de nadie. No pensaba obedecerlo. Él tenía una deuda personal con el Círculo de la Audacia y no tenía intención de dejarnos tranquilos. Además, había un montón de papeles para estudiar. Estaba seguro de que, en alguna de aquellas cajas, su antepasado le había dejado la clave para conseguir la victoria final.